

CAPITULO XXIX

EL LAZO

César había leído bien en el semblante de *Mari*, porque, en efecto, Margarita lo esperaba, y lo esperaba con impaciencia. Había leído más; pues no se le ocultó el sentido confidencial de la sonrisa que le dirigió la doncella al reconocerlo. Era una sonrisa que quería decirle: «Yo también estoy en el secreto.»

Fué introducido en el gabinete en que Margarita hacía labor, y allí la encontró sentada delante de su costurero, vestida con su habitual sencillez, lo cual aumentaba los encantos de su belleza. No obstante, este abandono no causó en César buen efecto, y vió en él una contrariedad. ¿No merecía él el honor de una *toilette* más esmerada? Si se trataba de una cita íntima y hasta misteriosa, ¿cómo esta mujer no había realzado el imperio de sus atractivos con cualquiera de esos adornos que dan á la belleza de las mujeres una expresión más insinuante, más irresistible? El brigadier no esperaba encontrarla de ese modo. En la historia de sus aventuras no había un caso semejante. Aquel peinado vulgar, aquellas hermosas trenzas cogidas de cualquier manera, aquella bata obscura ceñida á la garganta como el hábito de una monja, aquellas mangas impertinentes que ocultaban los preciosos contornos del brazo, y en fin, hasta aquel costurero, y sobre todo el crucifijo colgado en la pared, el pequeño lienzo que sobre el crucifijo re-



ALLÍ LA ENCONTRÓ SENTADA DELANTE DE SU COSTURERO

presentaba la Asunción de la Virgen. Todo lo que el gabinete contenía lo echaba fuera de sus mundanos pensamientos. Hasta la luz que penetraba al través de los cristales era demasiado fuerte, demasiado viva para una escena íntima y misteriosa, y el ambiente que allí se respiraba carecía de la voluptuosidad que esparce el aire tibio y perfumado.

No era así como esperaba encontrarla. La había soñado dulcemente reclinada sobre un diván, vaporosamente vestida, lánguida, rodeada de flores, dejando ver al través de los encajes las perfecciones del brazo, y sobre el taburete de seda de Persia la corrección del pie. ¡Qué desengaño!.. El aturdimiento que experimentaba era semejante al que debió experimentar Icaro al caer del cielo á la tierra.

Sin embargo, César reconocía interiormente que Margarita, á pesar de todos los descuidos, estaba hermosa. Después de todo, no era más que una cuestión de meros detalles; el fondo siempre era el mismo. La perla no dejaba de ser perla porque estuviese mal engastada. El desengaño no era tan grande para sus sentidos como para su vanidad. Margarita lo esperaba, y lo esperaba con impaciencia; pero ¿qué significaba aquel *negligé* intolerable? Por lo menos daba á entender que no había pensado ni un instante siquiera en aparecer agradable á los ojos del brigadier. ¡Triste cosa!, cuando él acababa de agotar los recursos de la *toilette* para realzar á los ojos de Margarita el mérito sobresaliente de su persona. Esto era un jarro de agua fría arrojado al fuego de sus ilusiones. César se sintió desconcertado y experimentó toda la amarga desazón del amor propio ofendido; mas no daba á torcer fácilmente el brazo de su vanidad, y discurrió que todo ello no sería más que un capricho de mujer.

Margarita tenía afán de distinguirse, éste era su flaco, y es claro, en el presente caso hacía todo lo contrario de lo

que otra mujer hubiera hecho. Además no podía desconocer el valor de sus encantos personales, y á ellos sólo quería confiar todo el éxito de su empresa. Por último, aquel abandono, aquel desaliño, ¿no eran una prueba de intimidad y de confianza? ¿Qué novedad podía ofrecer á un hombre como César una mujer como las demás?..

Todo esto lo discurrió rápidamente, y dió desde luego su razonamiento por incontestable.

Por lo demás, Margarita lo recibió con la sonrisa en los labios, sonrisa que no disipaba cierta sombra de tristeza que cubría su frente.

— Usted no llevará á mal — le dijo — que yo continúe mi labor.

— ¡Señora! — exclamó el brigadier, — sería una impertinencia de mi parte interrumpir la tarea que tiene usted entre manos.

— Ya ve usted — añadió ella, — no es una labor urgente; pero como no se habla con las manos, no veo inconveniente en tenerlas útilmente ocupadas mientras se habla.

César entornó dulcemente los ojos como si hubiera brillado ante ellos un rayo de luz demasiado vivo. La maliciosa perspicacia de su vanidad le hizo ver en el recurso de la labor un rasgo de suprema astucia, y queriendo darle á entender que estaba al cabo de la calle, volvió á exclamar:

— ¡Ah, señora!, es usted muy original.

Quería decirle: «Es usted muy diplomática.»

Margarita levantó los ojos y miró á César, diciendo:

— ¡Original!.. ¿Por qué?..

Pero antes que César encontrara la respuesta ática que buscaba en lo más escogido de su vocabulario, ella se apresuró á decirle:

— ¡Aún de piel! ¿Será preciso que yo le suplique á usted que se siente?

César encontró en estas palabras halago y desdén. Por

una parte encerraban esa familiaridad con que se reconviene á un amigo íntimo que se empeña en ser demasiado ceremonioso cuando se le abre el camino de la confianza. Por otra parte, era evidente que Margarita había reparado poco en la persona del brigadier, cuando hasta entonces no advirtió que permanecía sin sentarse.

También podía ser esto un golpe maestro de su diplomacia. Halago y desdén, ¿acaso son otras las armas de las mujeres?

Sentóse á cierta distancia de Margarita, probablemente diciendo para sí: «¡Bah! Te conozco.»

La doncella salió entonces del gabinete.

Quedaron, pues, solos y frente á frente Margarita y César, la mujer *astuta* y el hombre *corrido*. El contraste que ambos ofrecían saltaba inmediatamente á la vista: él, tan esmeradamente acicalado, y ella, tan vulgarmente vestida; él, medio serio, medio risueño, repasando con atención minuciosa todos los pormenores de la figura que tenía delante; ella, indiferente, con la cabeza inclinada sobre el costurero, y al parecer sólo ocupada de la labor que hacía.

Mediaron algunos minutos de silencio, durante los que César esperaba la primera palabra que abriera paso á la conversación, y Margarita buscaba tal vez esa misma palabra, al parecer, sin encontrarla.

El silencio hacía embarazosa la situación de entrambos, y el brigadier, reparando en un pequeño volumen que había sobre el costurero, dijo:

— Ese libro está preciosamente encuadernado.

— ¡Ya lo creo! — exclamó Margarita. — Es mi libro favorito.

— Será un libro interesante.

— Mucho, es el *Kempis*.

— ¡Ah! ¡El *Kempis*! — exclamó César.

La admiración con que repitió el título del libro con-

sistía en que era la primera vez que llegaba á sus oídos. ¡El *Kempis*, qué título tan raro! ¿Sería alguna novela de Paul de Kock ó de Eugenio Sué que él no conocía? Sus aficiones literarias no habían pasado de esos dos autores, que, en honor á la verdad, hacían sus delicias.

Si Margarita, menos atenta á su labor, hubiese reparado en la expresión dudosa de César, habría comprendido que su amigo ignoraba la existencia de semejante libro. Él por su parte, no quiso descubrir su ignorancia, y reservándose el propósito de adquirir el libro favorito de Margarita para acabar de comprenderla, varió la conversación diciendo:

— Tenemos que hablar, ¿no es esto?

— Sí — contestó Margarita.

— Pues bien, señora, hablemos.

— Supongo — añadió ella sin levantar la cabeza — que habrá usted adivinado el motivo de esta cita.

La palabra cita sonó en los oídos del brigadier como el eco de una melodía, y contestó:

— Es posible.

— En ese caso..., cuente usted conmigo.

— ¡Con usted!..

— Eso es.

— Bien... Me lisonjea en extremo; contar con usted es contar con todo lo que yo deseo.

Aquí Margarita clavó la aguja en la almohadilla del costurero, y mirando atentamente á César le dijo:

— Ahora á usted le toca discurrir el plan de que hemos de valernos.

— ¡Yo! — exclamó César. — Me parece que...

Había entrado á ciegas en esta conversación y andaba por ella á tientas.

— Vamos por partes — añadió, — ¿usted ha pensado en ello?

Margarita contestó al golpe, con espontánea ingenuidad:

— Mucho.

— Entonces — replicó César, — habrá usted pensado de qué medio hemos de valernos.

— Ciertamente he pensado uno.

— ¿Cuál?

— Presentarme yo misma en su casa.

— ¡Ya! — exclamó César.

Este ¡ya! significaba que el brigadier empezaba á ver algo.

— Creo — siguió diciendo Margarita — que he de conquistar su cariño, y si consigo abrirme paso hasta su corazón, la salvaremos. ¿No es esto lo que usted desea? ¡Pobre huérfana!.., se encuentra sola en medio de los peligros del mundo, necesita una amiga y yo quiero serlo.

César se atusó el bigote, tal vez para disimular la ligera sonrisa que asomó á sus labios al mismo tiempo que pensaba:

«Una mujer que quiere ser amiga de la que le ha sorbido el seso á su marido, es cosa inaudita. ¿Adónde va á parar con tan extravagante propósito?»

A esta pregunta debió contestarse de un modo satisfactorio, porque brilló en sus ojos un rayo de alegría, y, para colmo de su satisfacción, ese rayo de luz se reflejó en la mirada de Margarita como en un espejo.

— Excelente idea... — dijo el brigadier, — la aplaudo y la admiro, y me atrevo á creer que Cecilia..., la pobre huérfana, la recibirá á usted con los brazos abiertos.

— Yo — dijo Margarita — no debía dar este paso sin contar con usted, que es el autor de tan bella idea; sería una verdadera usurpación, un verdadero plagio suplantarle á usted en la ejecución de tan buena obra; quiero decir que partiremos la gloria de llevarla á cabo. Y he aquí — añadió sonriendo — un secreto complot que usted concibe

y yo ejecuto. ¿No había usted adivinado que éste era el motivo de la cita?

— ¡Oh!, sí — exclamó César, — al pie de la letra..., no podía ser otro. Y, francamente, me siento orgulloso de haber inspirado á usted tan singular propósito, y empiezo á creer — añadió, señalándose la frente — que aquí hay algo.

— Ahí no — replicó ella con completa ingenuidad. — El talento es una gran cosa, pero vale más el corazón; y yo que admiro las grandes ideas, prefiero para mi uso particular los grandes sentimientos.

El brigadier tradujo libremente ese párrafo, acomodándolo á su deseo, y ella siguió diciendo:

— Vamos á ver, ¿de qué medio me valdría yo para hacer natural mi intempestiva visita?

Hizo esta pregunta, apoyando el codo sobre el costurero y la barba en el hueco de la mano.

César contestó:

— ¡Medio! ¡Phs!, uno..., cualquiera. Ustedes encuentran siempre recursos ingeniosos.

— Me ha ocurrido uno — dijo Margarita.

— Veamos.

— Tengo entendido que la huérfana hace prodigios en el piano.

— ¡Oh! ¡Si es una profesora consumada!..

— Pues bien; yo también tengo mis pretensiones en ese punto, y he llegado á creer que no me son completamente desconocidos los secretos del piano. ¿No podía ser la música un pretexto natural para visitarla y un motivo muy á propósito para intimar con ella?

— No podía encontrarse un recurso más propio del caso. Los artistas no necesitan para tratarse de ninguno de los pormenores que usamos los demás mortales. Es el mérito que va á ver al mérito, el genio que va á visitar al genio. Dos eminentes profesoras de piano que se buscan sin co-

nocerse, y se encuentran por primera vez, como si hubieran estado viéndose toda la vida. El recurso es inmejorable.

— Una dificultad me ocurre — advirtió Margarita.

— ¿Cuál?

— Quisiera por algún tiempo ocultarle mi nombre.

— ¡Pues!..

— Es un capricho desatinado. Quiero que no me conozca hasta mucho después que me haya conocido. Es un capricho... de artista.

— ¡Oh! — exclamó César. — Eso es sumamente sencillo. Las artistas no están obligadas á llevar siempre un mismo nombre. En vez de Margarita puede usted llamarse Adriana, uno cualquiera.

— Preciso será apelar á otro nombre.

Dicho esto, se inclinó sobre el costurero, y volvió á su labor.

César añadió:

— Puede asegurarse desde luego que van ustedes á ser íntimas amigas; como vulgarmente se dice, uña y carne.

— Esto — dijo Margarita — es un secreto que guardará usted religiosamente.

— Secreto inviolable — contestó el brigadier. — Las buenas acciones han de ser modestas. No hay felicidad más grande que aquella cuyo secreto nosotros solos poseemos, porque la felicidad es una flor delicada que al sol se mustia y al aire se evapora.

César pronunció estas palabras con cierto énfasis poético; pero Margarita había vuelto á la prosa de su labor, y demasiado entretenida en ella, no pudo apreciar el mérito de aquel rasgo de elocuencia; así es que pasó sin obtener el éxito que sin duda su autor esperaba. No obstante, continuó:

— La felicidad es por sí misma un secreto, la cuestión está en saberlo sorprender. Algunas veces se nos presenta

bajo formas enigmáticas que es preciso descifrar, porque la felicidad es mujer, y tiene también sus caprichos, le gusta que la adivinen y, sobre todo, que la sorprendan.

— Es cierto — dijo Margarita suspirando; — mas es inconstante: la dificultad no consiste tanto en sorprenderla como en conservarla.

— ¡Oh! — exclamó el brigadier con acento sentimental. — ¿Acaso no es usted dichosa?

La pregunta iba derecha al fondo de su pensamiento, y vaciló en contestarla. Maquinalmente puso la mano sobre el *Kempis*, que se hallaba sobre el costurero, y levantó la tapa que cubría la portada del libro, fijando en ella los ojos.

César espiaba atentamente todos los movimientos de su fisonomía, y vió cambiar de pronto el aspecto de su semblante. La sombra de tristeza que cubría su frente se disipó, sus ojos se iluminaron con la claridad de una luz repentina. Parecía que había pasado por su rostro una de esas ráfagas que, rasgando súbitamente las nubes, dejan que el sol brille esplendoroso en medio de la serenidad de los cielos.

Sorprendido el brigadier por esta transformación inesperada, entreabrió la boca en señal de muda admiración, porque nunca había visto á Margarita tan hermosa. No acertaba á explicarse qué especie de belleza era la que la inundaba y no sabía dejar de mirarla.

Ella cerró el libro, y con el acento de una convicción profunda, dulce y firme á la vez, contestó al fin, diciendo:

— Sí, amigo mío, soy dichosa.

César hizo un movimiento hacia Margarita..., un movimiento semejante al del gato que va á lanzarse sobre su presa; mas se contuvo, y volvió á reclinarse sobre el respaldo de la silla en que estuvo sentado, dirigiendo á la puerta del gabinete una mirada llena de enojo.

No fué ciertamente la reflexión la que contuvo el movimiento de César. La pesada cortina que cubría la puerta del gabinete era la verdadera causa que lo había contenido, porque levantándose silenciosamente, dejó ver una cabeza rubia como el oro, unas mejillas blancas como la nieve, una boca entreabierta como una rosa y unos ojos azules en los que brillaba toda la luz del cielo.

Era Seraffín que, semejante á un ángel, apareció entre la nube de flores que formaba el dibujo de la cortina.

La mirada áspera del brigadier le hizo fruncir el entrecejo, dando á su infantil fisonomía esa delicada seriedad con que se acentúa el rostro de los niños cuando se enojan.

Sin apartar los ojos del brigadier, se adelantó hacia su madre dando una vuelta para no acercarse á César, y fué á colocarse delante de Margarita, dejándose caer en su regazo como si quisiera cubrirla con su pecho.

No contaba el niño con aquella visita que acababa de encontrar en el cuarto de su madre, y á su vez César no había contado con la impertinente aparición del niño. Ambos se miraron como dos enemigos.

César esperó que Margarita hiciera salir á Seraffín del gabinete, pero la madre lo rodeó con sus brazos oprimiéndolo contra su corazón, y el brigadier comprendió que esperaba en vano.

Entonces se puso de pie diciendo:

— Creo que ya lo hemos hablado todo.

— Todo no — replicó Margarita. — Aún me falta saber dónde vive nuestra futura amiga, y esto es importante.

César, que tenía ya el sombrero en la mano, reflexionó algunos momentos, y dijo:

— No recuerdo con exactitud en este instante las señas de su casa, pero las sabrá usted; yo me encargo de eso. Creo — añadió — que recientemente se ha mudado de habitación.

Cuando tendió la mano para despedirse de Margarita Serafín se asió al brazo de su madre. ¡Qué capricho de niño! No quería que aquellas dos manos se estrecharan.

Luego que César hubo salido del gabinete, Margarita quiso reprender á su hijo, pero él replicó diciendo:

— Es muy feo.

— No es feo, hijo mío.

— ¡Hum! — exclamó el niño con profunda sinceridad. —

¡Es horrible!

Estas palabras hubieran aumentado el rencor que César sentía hacia Serafín, pero no pudo oírlas.

Salió de la casa con aire distraído, meditando acerca de los pormenores de la cita. Como á todo hombre preocupado le sucede, César iba hablando sólo. A nosotros nos es permitido oírle. He aquí lo que murmuraba:

«Es hermosa y es muy astuta... Me pone el jabón para que resbale... Ese niño antipático me ha hecho perder la primera ocasión... Tanto interés por la hija del Americano es puro artificio... ¿Qué quiere?... Ella misma ha convenido indirectamente en ello: quiere que la adivine y que la sorprenda... Vamos..., es mía... La he adivinado y sólo me falta sorprenderla... ¿Cómo?... Ya está pensado, con un golpe maestro... Con un lazo del cual no podrá escaparse. La hija del Americano puede vivir en cualquier parte. ¿Qué inconveniente hay en que viva donde yo quiera? Perfectamente. Allí irá ella, sola, de incógnito, con un nombre supuesto..., una artista que va á visitar á otra artista, ¿qué cosa más natural? Solamente que en vez de encontrarse con la huérfana se encontrará conmigo. Una vez allí no tiene escape... ¡Soberbio!.. ¡Soberbio! ¡Es un lazo delicioso!..»

Tales son las palabras que un oído atento hubiera podido coger al vuelo.

Era el brigadier, como ahora se dice, una persona visible en los altos círculos, y era, por lo tanto, innegable

su importancia; mas en esta ocasión hubiera renunciado á ella, porque encontraba con frecuencia personas conocidas que lo detenían interrumpiendo el curso halagüeño de sus sabrosos pensamientos, haciéndole perder un tiempo precioso.

Para evitarlo apeló al primer coche que encontró á la mano y entró en él diciéndose con acento decidido:

«¡Ea, á preparar el lazo!»